

¡GUANOCOL!...: UN SIMBOLO TRAGICO!

Sembrar... el Petróleo.

Venezuela y concretamente Caracas van siendo en los últimos años objeto predilecto de visitas presidenciales, reuniones diplomáticas y celebraciones de certámenes y congresos internacionales.

Con el más laudable celo patriótico el Gobierno nacional y las más poderosas entidades económicas de Caracas se han esforzado por hacer grata la estancia en la patria de Bolívar a sus ilustres visitantes. Creemos que generalmente se ha logrado este intento, hasta el punto de producir, —por ejemplo en el reciente Congreso Interamericano de Prensa—, a ciertas delegaciones extrañeza y cansancio por la continuidad de los homenajes.

Tales visitantes hablan a su regreso con los mayores elogios de la pujanza progresista de la capital de Venezuela; y sus frases son sin duda sinceras, aunque influya en ellas un sentimiento natural de agradecimiento y cortesía.

Sin embargo, con singular unanimidad, cuando estos extranjeros hablan fuera de las manifestaciones protocolares, expresan también su extrañeza ante el contraste de la ciudad de las bellas urbanizaciones, los automóviles lujosos y los rumbosos homenajes, con la pobreza agrícola y la miseria de las viviendas del Interior, que cualquiera viajero avisado descubre ya en regiones muy cercanas a la capital.

Y ante tales comentarios el interlocutor venezolano se ve precisado a reconocer que el contraste es producto de la riqueza petrolera.

De hace un medio siglo a esta parte, poco se ha transformado la capacidad exportadora de Venezuela. Pero hace medio siglo exportaba Venezuela casi exclusivamente productos agrícolas y pecuarios. Actualmente casi la totalidad de su exportación (94%) se reduce al petróleo.

El petróleo ha hecho de Venezuela un Estado rico y un pueblo pobre; un estado cargado con un inmenso tren de empleados públicos y un pueblo que huye del campo, de las labores agrícolas, a las zonas petroleras o a los puestos burocráticos de la ciudad.

La impresión de contraste que reflejan en sus momentos de sinceridad los visitantes extranjeros se ha repetido en nosotros al recorrer hace unas semanas los campos petroleros de Oriente. ¡Qué inmensa riqueza, qué prosperidad, qué pujanza en la franja petrolera que corre a la falda de las montañas que separan los llanos de Anzoátegui y Monagas del Estado Sucre! ¡Qué pobreza, qué desolación en las poblaciones del Llano que descienden hacia el Orinoco!

Hemos convivido una semana entera con los obreros de Caripito. Más que la grandiosa explotación de la riqueza petrolera, nos ha interesado el problema social de los campos petroleros. Sin olvidar la poderosa refinería, la red espesa de los oleoductos y el magnífico puerto montado sobre el caño San Juan, hemos vivido inquiriendo sobre los sueldos de los obreros, las obras de asistencia social, los hospitales, las escuelas, las cajas de ahorros, las cooperativas, los almacenes de víve-



res Y hemos llegado a la plena confirmación de las impresiones recibidas hace unos años en la zona petrolera de Maracaibo. Podrá discutirse sobre la explotación de la riqueza minera venezolana por las compañías petroleras; pero resulta absolutamente injusto—al menos por lo que respecta a la Crecol—predicar contra la explotación del obrero petrolero. Nuestro obrero petrolero gana sueldos de 10 a 40 bolívares; cuenta con hospitales modelos, escuelas modernísimas en material y métodos pedagógicos, si se exceptúa en algunos casos el manifiesto desacierto de la coeducación; espléndidos campos de deporte; cajas de ahorro generosamente apoyadas por las compañías; cooperativas de consumo con excelente resultado, como la de Jusepín; almacenes de víveres, en que la Compañía proporciona a los obreros los alimentos en condiciones de excepcional economía y hasta bonos especiales de rebaja, según los sueldos.

Ninguna compañía nacional de explotación minera, ni el propio Gobierno de Venezuela pueden gloriarse de una más estricta acomodación a las leyes del trabajo, sin olvidar que las compañías petroleras se han adelantado y se adelantan con frecuencia a las innovaciones sociales más saludables del Estado. Para todo da la inmensa riqueza que corre silenciosamente por los negros oleoductos de Monagas, Anzoátegui y Zulia.

Este hecho, que puede constituir y constituye sin duda un mérito indiscutible de las Compañías petroleras, crea a su vez múltiples problemas para la vida económica de Venezuela.

En primer lugar el alza de sueldos en las compañías petroleras puede provocar o acentuar la inflación de nuestra moneda. El Gobierno Nacional, según informes recogidos en la propia Caripito, ha previsto en ocasiones este peligro y ha prohibido el aumento de salarios en ciertas compañías petroleras. Es fenómeno bien conocido que a cada una de estas alzas de salario corresponde en el comercio—al advertir mayor demanda—un alza de precios en los productos más elementales para la vida cotidiana.

Mucho más grave es el segundo aspecto del problema económico que provoca la prosperidad de los campos petroleros. El campesino abandona haciendas y conucos para incorporarse a la vida, laboriosa, sí, pero higiénica, próspera y brillante de los campos petroleros. ¿Por qué ganar dos, tres o cinco bolívares en las labores agrícolas y pecuarias, cuando se pueden ganar diez, veinte y hasta cuarenta bolívares en los campos petroleros, donde hay escuelas, hospitales, clínicas, cine y hasta medios refinados de placer y vicio?

Como por otra parte una elemental política nos obliga a conservar alta la cotización internacional de nuestra moneda para que las entradas del petróleo sean más cuantiosas, en Venezuela se produce tan caro que nuestra exportación no logra competir con los precios que pueden ofrecer las naciones vecinas.

Tercera y gravísima consecuencia de la prosperidad milagrera del petróleo. Es la creación de un Estado rico, en contraste con el pueblo pobre en producción agrícola e industrial. Esta circunstancia provoca en el Gobierno, descoso de popularidad y cada día más contagiado de un sentido de paternalismo, la tentación de crear, por días, nuevos organismos burocráticos para repartir el beneficio que reporta la explotación petrolera, en forma que Venezuela es hoy una de las naciones más predispuestas para una organización socialista, que supone un estado capitalista y un pueblo de empleados públicos. Los campesinos que no se dirigen a los campos petroleros buscan al arrimo del Gobierno una participación fácil de los beneficios del petróleo. La riqueza oficial provoca también en el pueblo la noción del Estado providencia, del que todo se espera, al que todo se le exige, de tal manera que las labores más elementales que en cualquier pueblo nacen de la colaboración espontánea de la ciudadanía las rechaza el pueblo venezolano. El animal muerto queda por días en plena calle, pues ningún ciudadano ni grupo de ciudadanos se sienten en el deber de retirarlo. **El Gobierno es rico... y lo debe hacer (!)**

Pero lo más trágico de la riqueza petrolera es que es efímera. Dentro de cincuenta años habrá desaparecido... y entonces Venezuela, que olvidó su riqueza agrícola, de la que vivió durante la época colonial y un siglo de vida independiente, puede llegar a ser un pueblo rico, repentinamente empobrecido. Al contemplar en nuestro reciente viaje la franja petrolera de Caripito, Quiriquire, Jusepín... corriendo por espléndidas carreteras en medio de dos filas verdes de bosque virgen



sentíamos la realidad de que esas, hoy famosas, poblaciones petroleras serán normalmente dentro de cincuenta años... bosque virgen

Un símbolo trágico de lo que puede ser Venezuela dentro de medio siglo constituye sin duda la población minera de **Guanoco**.

Guanoco fué no hace aún medio siglo una población próspera y brillante. Un prodigioso lago de asfalto hizo surgir una compañía explotadora. La Compañía gastó millones en preparativos de explotación, tiró una breve línea férrea y construyó, no lejos del lago y a orillas de los humbrosos caños que por medio del río San Juan desembocan en el Golfo de Paria, una ciudad nueva, alegre y luminosa: **Guanoco**. **Guanoco** tuvo casas de dos pisos, comercios, farmacias, bancos, casas de juego y un espléndido puerto fluvial. Se habló en Venezuela, como de una ciudad de leyenda, de aquella poderosa meca de la riqueza, perdida en los bosques del Oriente.

Guanoco se encuentra hoy en vísperas de ser absorbida nuevamente por la selva virgen. El asfalto se devaloró al ser sustituido por aplicaciones más económicas del petróleo.

Bajando desde Caripito por el río San Juan y ascendiendo nuevamente por un caño más estrecho se llega al puerto de Guanoco. El ayer espléndido puerto es hoy una madeja inconexa de tablas, por las que se aventura el viajero hacia un ensayo de selva. Por allí corría la avenida que entraba en la población. Vencido el matorral se alcanza el pueblo en ruinas... Por las bellas casas de dos pisos de la ciudad del asfalto ha escalado hoy la maleza, que asoma agresiva por las ventanas. Los alegres y coquetones bungalow se han transformado en míseros chamizos. La reja de hierro de la caja de pagos de la compañía, es hoy cerco de un paupérrimo gallinero.

Guanoco es una población ante la cual debe—si no llorar—meditar todo venezolano.

¿No será Guanoco el símbolo de la Venezuela de dentro de setenta años?

—o—

Sembrar... el petróleo. La ya manida frase... sembrar el petróleo, ha revestido para nosotros un valor excepcional al visitar las zonas petroleras del Oriente Venezolano.

Sembrar el petróleo y convertirlo en fuentes nuevas de producción, sólidas, duraderas, perennes. Valorar sobre todo nuestra agricultura. Pensar menos en edificios suntuosos y en deslumbradores exhibicionismos en Caracas. La prosperidad actual de Caracas no responde a una riqueza armónica y sólida de la nación. Responde al milagro pasajero del petróleo. ¿Y dentro de setenta años? Impresiona dolorosamente el ánimo el pensar que sólo el 26 por ciento del presupuesto nacional está dedicado al mejoramiento agropecuario.

Sembrar... el petróleo. Carreteras, obras de saneamiento, créditos, medios de trabajo en las zonas agrícolas productivas; investigación de nuevas riquezas mineras; olvido del éxito momentáneo por una labor menos aparatosa pero más eficaz por el porvenir de Venezuela... es la lección que debe enseñarnos **Guanoco**, símbolo de lo que serán dentro de cincuenta años las zonas petroleras, cruzadas hoy, en medio de la selva, por carreteras magníficas y riquísimos oleoductos.

Vivimos un teatro trágico de lujo y riqueza. Un grandioso Guanoco, ampliado por las compañías petroleras. Pensemos en la Venezuela del año 2.000.

Maturín, 24 de Mayo de 1945.

M. Aguirre Elorriaga

